

MARIO JARAMILLO PAREDES

EL ARTESANO EN LA SOCIEDAD CONTEMPORÁNEA

Es casi un lugar común decir que lo que se ha dado en llamar la revolución industrial —iniciada en Inglaterra y difundida luego en forma desigual por otros países— marca un cambio fundamental dentro de los sistemas productivos y con ello en el reordenamiento de la sociedad a partir del siglo XVIII. Más aún, la historiografía tradicional señala el punto de partida de esta nueva era a mediados del siglo XVIII cuando James Watt al introducir una nueva fuente de energía —el vapor— inicia la supresión paulatina de las anteriores fuerzas constituidas fundamentalmente por el viento y el agua. Si bien en términos generales puede aceptarse esa afirmación, más con fines didácticos generales que como una puntuali-

zación exacta, es necesario señalar que el proceso de industrialización de dicho siglo es a su vez una de las múltiples consecuencias de una serie acelerada de cambios que venían produciéndose en el mundo occidental desde cuando menos los inicios de este milenio.

89

La situación del quehacer artesanal se encuentra indisolublemente ligada a esas transformaciones y es por ello que un análisis de las artesanías en la sociedad contemporánea requiere ineludiblemente de un estudio en el que de una manera sincrónica vayan estableciéndose las relaciones existentes entre ese cambio del mundo occidental y las repercusiones que esas modificaciones

tuvieron en las diferentes artesanías y en las distintas latitudes, más o menos cercanas o alejadas de los grandes centros de desarrollo tecnológico.

El trabajo y la producción artesanal, siendo tan antiguos como el hombre mismo, han acompañado a éste a lo largo de toda su historia y ha sido una actividad especialmente sensible a las modificaciones económicas, sociales, tecnológicas y culturales que la humanidad ha experimentado a lo largo de los millones de años que viene enfrentándose al medio en el que vive. Los artesanos repartidos a lo largo y ancho del planeta, consciente o inconscientemente, han influido y a su vez han sido influenciados por ese cambio constante hasta el punto que, por lo menos hasta finales del siglo XVIII en el caso de los países industrializados y hasta nuestros días con diferentes suerte para los del tercer mundo, el devenir histórico se encuentra íntimamente ligado a este sector fundamental de la cultura y la economía, es decir de la vida social.

Con la suficiente perspectiva que posibilita el paso de los años, hoy resulta evidente que el proceso de industrialización iniciado hace dos siglos determinó un cambio significativo en el campo de las artesanías. Pero, a su vez, ese cambio fue el resultado de una

serie de acciones y procesos en los cuales el quehacer artesanal jugó un papel preponderante, hasta que aparentemente agotado en sus posibilidades, debió ceder el campo, o cuando menos buena parte de él. Por último es imprescindible destacar que, estas consideraciones generales, al igual que en cualquier otro campo de la vida social, son válidas para el caso de algunos países y no totalmente para otros en los cuales el desarrollo ha sido, como lo es hasta ahora, marcadamente diferente.

Dentro de la evolución de la humanidad y del quehacer artesanal se ha señalado con frecuencia que durante estos últimos siglos uno de los elementos que marca el compás de ese cambio es la introducción paulatina de la máquina y la elaboración de nuevas tecnologías. Si bien en principio la afirmación es válida, resulta importante destacar, como lo han hecho varios autores, que en rigor la importancia fundamental no radica tanto en la máquina y la técnica por sí misma, cuanto en la presencia de una mente y sociedad receptiva, así como de nuevas necesidades. Como ejemplo de ello se ha citado casos como los de la brújula, prensa o reloj conocidos en la antigua China, pero que no jugaron allí el papel preponderante que tuvieron posteriormente en el mundo occidental. Máquinas de diferente compleji-

dad han existido desde antes de la revolución industrial, lo nuevo es el dominio de sus funciones sobre la sociedad actual.

Uno de los momentos cruciales dentro de la historia de la humanidad es el que se inicia a partir del siglo XI como consecuencia de una aventura religiosa-militar, cual es el caso de las Cruzadas. Organizadas para recuperar los lugares santos de manos de los "infieles" no lograron cumplir con la finalidad declarada —excepción hecha de una de las expediciones— pero, en cambio, generaron una reapertura del Mediterráneo que desde el siglo VII se encontraba en poder de los árabes.

Esa reapertura de las rutas mediterráneas significó una reactivación de la actividad comercial fundamentada en la producción artesanal. El trabajo artesanal, reducido durante buena parte de la Edad Media a satisfacer las necesidades de pequeños grupos, encontró el camino para producir un excedente comerciable y, conjuntamente con otros ingredientes, dar origen a un nuevo sistema económico: el capitalista. El desarrollo de la producción artesanal recibió una aceleración de grandes proporciones a partir de los siglos XV y XVI con el descubrimiento y explotación de nuevas tierras entre ellas, América.

Los territorios a los que llegaban portugueses, españoles, franceses, ingleses, pronto se convertían en nuevos mercados donde los productos artesanales europeos era apetecidos por su funcionalidad o, simplemente por la novedad que representaban. Paralelamente, grandes grupos humanos colonizados proporcionaban una abundante y barata mano de obra. La producción artesanal, propia de esos nuevos pueblos o la originaria de Europa, encontró condiciones favorables, se posibilitó un mayor intercambio y, obviamente, creó un mestizaje de técnicas y diseños comparable con el que se daba en el aspecto étnico. La producción destinada a cubrir las necesidades de los nuevos mercados y la demanda de Europa que progresivamente iba liberándose de los estrechos límites feudales, pudo mantenerse en forma idónea durante unos pocos siglos que, en el mejor de los casos, van hasta finales del siglo XVII. La consolidación de un esquema político colonialista, la ampliación de mercados consumidores y otros factores conocidos, hicieron que, para comienzos del siglo XVIII, el sistema de producción artesanal resultara insuficiente para cubrir las demandas crecientes de grandes grupos humanos incorporados a un consumo que, contrariamente a lo que se piensa, no es un fenómeno actual sino que tiene sus orígenes en las raíces de la sociedad industrial dieciochesca.

La revolución industrial iniciada en Inglaterra resulta, desde esta perspectiva, una respuesta clara a las necesidades de la época y una consecuencia del desarrollo de las fuerzas productivas. En otras palabras los centros de producción no estaban, para ese entonces, en condiciones de satisfacer la demanda cada vez mayor del creciente mercado creado por el mundo colonial en Europa, América, Asia y África y la alternativa por la que se optó, fue aquella de incrementar la producción acelerándola a través de un cada vez más complejo sistema tecnológico cuyo núcleo estaba constituido por la máquina y las fábricas que empezaron a multiplicarse en aquellos países en donde las circunstancias eran adecuadas.

En el nuevo sistema industrial la herramienta artesanal vino a ser sustituida por la máquina. En última instancia la diferencia entre ésta y aquella no está dada por la complejidad, sino más bien por la autonomía con relación al ser humano en lo que a habilidad se refiere y por el origen de la fuerza motriz que las mueve. Por otra parte el nuevo esquema que empezaba a consolidarse supuso también un cambio significativo en lo que a fuente de energía, materiales y sistema de transporte se refiere. Hasta aquel entonces las fuentes de energía habían estado representadas sucesivamente —y

en muchos caso paralelamente— por la fuerza humana y animal, el viento y el agua. El agua como base energética arrastraba grandes inconvenientes, entre ellos, el de subordinar el emplazamiento de los centros productivos a la presencia de caudales suficientes y regulares. Esa dependencia fue superada con la adaptación que realizó James Watt (1769) de la fuerza del vapor a máquinas más complejas que las bombas de succión que venían utilizándose. De allí en adelante las nacientes fábricas ya no se ubicarán exclusivamente en los lugares en donde exista suficiente agua —así se encuentren lejos de los centros de materia prima o de los mercados— sino que buscarán sitios en los cuales la mano de obra, la materia requerida y otros factores sean más convenientes. Desde luego la dependencia a la naturaleza no desaparecerá totalmente en cuanto la industria, buscará preferentemente, emplazarse en zonas capaces de suministrar carbón, base para la producción de energía. Igualmente en el nuevo complejo tecnológico, materiales tradicionales como la madera, serán sustituidos por un nuevo elemento: el hierro. Carbón y hierro ocuparán el sitio que durante siglos había tenido el agua y la madera y a su vez en nuestro siglo cederán el paso a la electricidad y las aleaciones. Cumplidas las etapas de creación de nuevas

máquinas y de fuentes de energía el ciclo se cierra con nuevos sistemas de transporte que llegan a su punto cul minante con la invención del barco a vapor y la locomotora. Producción a gran escala, fuentes confiables de energía y un sistema de transporte que posibilite la circulación ágil de la mercadería serán una trilogía sobre la cual se edifica el nuevo sistema.

La naciente sociedad industrial consolidada en algunos países para los inicios del siglo XIX, traerá graves consecuencias para grandes sectores sociales que, en lugar de mejorar sus condiciones de vida con una mayor producción verán el surgimiento de abismos cada vez mayores entre quienes poseen el capital y aquellos que aportan con su fuerza de trabajo. El surgimiento de grandes masas proletarias, la división entre la posesión de los medios de producción y el trabajo —antes unificados en el sistema artesanal— el nacimiento de concentraciones urbanas paupérrimas alimentadas por las migraciones campo-ciudad, problemas de salubridad y contaminación ambiental, serán consecuencias visibles de un sistema que, en lugar de magnificar sus virtualidades supuso en muchos casos una denigración de la condición humana. Ello explica por qué surgieron con caracteres virulentos movimientos como el de los luddi-

tas, conformados por obreros, cuya finalidad era destruir a las máquinas, supuestas causantes de todos los males. Deberá pasar un buen tiempo para que a mediados del siglo empiece a tomarse conciencia de que la máquina no era lo malo, sino un sistema socio económico para el cual la tecnología era una nueva forma de explotación y no como en realidad debe ser: un camino para liberar al hombre a través de mejores condiciones de vida.

El proceso de industrialización marcó en los lugares en donde se produjo un paulatino debilitamiento de la producción artesanal. El cambio, obviamente, no se dio de un día para otro ni paralelamente en las diferentes latitudes. Algunos países de Europa occidental fueron los primeros en entrar en el nuevo sistema y, posteriormente, unos pocos de América. En otras regiones el cambio no se produjo sino a finales del siglo XIX y, en numerosos casos, el proceso solamente aparecerá bien entrada la actual centuria y en algunas zonas aún no se ha iniciado.

Sin embargo en líneas generales, el esquema es válido con las naturales diferencias para la mayoría de las sociedades.

Las notas anteriores podrían aparecer en principio

como una historia pesimista cuyo desenlace ineludible es la extinción del quehacer artesanal en medio de una sociedad industrial en la cual la capacidad y el saber del individuo para producir con sus manos elementos funcionalmente válidos y estéticamente significativos, serán aniquilados en un mundo de productos impersonales y seriados destinados a satisfacer un consumismo galopante. Afortunadamente el quehacer artesanal responde a motivaciones mucho más profundas y a necesidades vitales del ser humano, lo que explica en buena parte por qué las artesanías siguen siendo una respuesta apropiada para satisfacer las necesidades que grandes grupos humanos tienen en su enfrentamiento al medio que les circunda. Prueba de ello son los millones de seres humanos que en todos los continentes mantienen el saber artesanal heredado de innumerables generaciones, crean nuevas técnicas, diseños y objetos y contribuyen con ello a hacer más llevadera su vida y la de sus semejantes.

Los diferentes sistemas de producción industrial que vienen instaurándose desde los inicios de la llamada era maquinística han generado profundas modificaciones en el quehacer artesanal. Esos cambios tienen una muy distinta intensidad en las diferentes latitudes y presentan, entre sus muchas

características, una nota que resulta particularmente interesante. Podría decirse, salvo excepciones que confirman la norma general, que en el mundo contemporáneo la funcionalidad de los objetos artesanales tiende a desaparecer en aquellas sociedades con un mayor desarrollo industrial, pero, junto a ello, se produce un proceso de sofisticación en los diseños.

Objetos bellamente diseñados y minuciosamente trabajados ocupan un lugar preferencial en los grupos consumidores aun cuando no satisfagan ninguna necesidad material. Contrariamente, en los países de menor o casi ningún desarrollo industrial en los cuales existen grandes grupos rurales, el componente funcionalidad es el predominante, mientras el estético sin ser dejado de lado, es complementario o viene por añadidura. Subordinación de lo funcional a lo estético o triunfo de la funcionalidad podría decirse son una nota evidente que debe ser tomada en cuenta para un análisis más detenido del lugar de las artesanías en la sociedad contemporánea. Ello implica, desde luego, un problema teórico de fondo como es el relativo al valor de las artesanías desligadas de su finalidad de satisfacer las necesidades del ser humano. La enorme producción de las llamadas artesanías de aeropuerto representan a esta nueva forma y son, desgraciadamente en demasiados casos, una muestra de hasta donde puede llegar la adulte-

ración de la cultura y el arte popular. Por otra parte un objeto artesanal adquiere vida y vigencia plena dentro del contexto de la cultura que lo elaboró. Extraído de ese medio, en muchos casos, nada significa que no sea un recuerdo de viaje o un elemento de recreación estética. Es —con el peligro de que suene a una frase cursi— como un pez disecado adornando una pared. Sirve para satisfacer una necesidad artística, desde luego plenamente válida, o para su estudio, pero ha perdido un porcentaje mayoritario de su real significado.

Por su parte el artesano enfrentado a condiciones cada vez más difíciles de su vida tiende en muchas oportunidades —y justificadamente desde el punto de vista de sus necesidades— a crear objetos que ni el mismo sabe para qué sirven, pero que le posibilitan una lícita forma de supervivencia. En los países a los que eufemísticamente se los llama en vías de desarrollo, el objeto artesanal sigue mayoritariamente siendo diseñado y elaborado en función del servicio que presta al ser humano.

Sin embargo en no pocos casos —como alguien recordaba— si bien el artesano sabe para qué sirven, ignora el uso que le dará quien lo adquiere.

Promocionar la verdadera

artesanía, estudiarla y difundir sus valores son tareas fundamentales en la hora actual para evitar que se caiga en extremos igualmente peligrosos como son los de una posición romántica que desliga al producto artesanal del individuo —con necesidades y problemas— que lo elaboró o aquella que reduce todo el problema a la posibilidad de generar nuevas divisas para el estado.

Los millones de seres humanos que en las diferentes latitudes del planeta afrontan las necesidades diarias a través de la habilidad de sus manos produciendo objetos artesanales, generalmente hablan muy poco sobre su trabajo. Preguntarles si con esa tarea diaria contribuyen a mantener la cultura popular, la tradición de su pueblo o la identidad de su grupo, resulta tan abstracto como indagar al aire si es que existe para que los seres vivientes puedan seguir viviendo.

Hacen artesanías porque eso es lo que saben hacer. Porque a través de ellas pueden enfrentar mejor los requerimientos y los desafíos del mundo circundante. Para ellos un tejido sirve para cubrirse, no para adornar las paredes; una vasija les posibilita guardar fresca el agua o una olla de cerámica les sirve para cocer los alimentos, no para floreros. Una faja tejida les permite sujetar el

vestido o mantener bien puestos los pantalones, no para una cámara fotográfica. La imagen de un santo tallado en madera les otorga fuerza espiritual para resistir los embates de un mundo cada día más duro y no para complementar la decoración de la sala. Pocas veces teorizan sobre su quehacer y, cuando lo hacen, su palabra es franca, clara y equilibrada.

En el año de 1982, dentro del marco de celebraciones por el Año Interamericano de las Artesanías, se realizó en Costa Rica la Primera Reunión Interamericana de Artesanos Artífices. Durante una semana, artesanos representantes de veintidos países, analizaron los problemas de este sector, con los auspicios de la OEA, el gobierno de Costa Rica y el apoyo de organismos como el CIDAP. Entre los varios temas que se abordaron estuvo el relacionado con la "Situación del artesano en la sociedad contemporánea". Entre otros de los puntos importantes de esa reflexión originada en los propios artesanos, vale destacar los siguientes, que los mencionamos en forma resumida: "Resulta difícil hacer un esquema sobre el artesano en la sociedad contemporánea sin antes dilucidar aspectos básicos como cuántos somos, cómo estamos organizados, qué producimos y cómo". Sobre el papel que desempeñan y el sentido de

su trabajo: "Es necesario quitarnos la idea romántica que tenemos de nosotros mismos. Claro está que guardamos una tradición y representamos una cultura a la que amamos, pero objetivamente trabajamos no sólo por esa motivación, sino fundamentalmente para vivir, para satisfacer nuestras necesidades vitales. No somos elementos puros que sólo vivimos por él arte".

En cuanto a su ubicación dentro de la estructura social: "Los artesanos no somos una clase social, pero nos inscribimos dentro de ellas.

La jeraquía en el artesano nace no de su relación con el capital, sino por el grado de saber que posee para hacer bien las cosas. Obviamente ello genera una mayor o menor posesión del capital, en fin de cuentas".

Sobre la tecnología: "La tecnología artesanal tiene distintas etapas en el proceso histórico y constituye la base sobre la que se desarrolló la actual industria que desplaza del mercado al artesano. Por ello es urgente adaptarse a las nuevas circunstancias sin perder la identidad y valores propios".

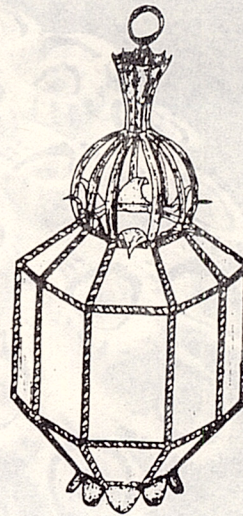
A lo largo de toda esta reunión, en la que por primera vez artesanos de diferentes áreas de todo el continente se juntaban para

reflexionar sobre sus problemas, una de las notas características fue aquella de recalcar que: "... el artesano, al producir su obra, se realiza como ser humano, a la vez que logra bienes de subsistencia", lo que muestra que existe una conciencia cada día más difundida sobre la función que las artesanías cumplen a nivel del propio artesano.

Esporádicamente se escucha criterios como aquel de que el quehacer artesanal tiene sus días contados. Lo que ha sido y es una forma de enfrentar la vida, expresar una concepción del mundo, suplir deficiencias y compensar las debilidades es un quehacer que para muchos pesimistas tiende a desaparecer ineludiblemente. Quienes así piensan suponen que el acelerado desarrollo tecnológico dejará en poco tiempo obsoletos, sistemas y formas anteriores de producción. Suponen, desde un punto de vista prosaico, que la capacidad de creación de un ser humano es medible solamente desde la perspectiva de los fríos balances cuyos saldos califican el sitio de un ser humano.

La heterogeneidad del mundo, las diversas estructuras imperantes en las distintas latitudes, muestran sin embargo, que la actividad artesanal se encuentra dotada de una extraordinaria vitalidad y ello simplemente por-

que responde a las necesidades diarias de buena parte de la humanidad. De las artesanías viven cientos de miles de hombres y mujeres que producen objetos funcionalmente válidos y estéticamente significativos. Mientras ello ocurra, las artesanías seguirán teniendo vigencia plena y continuarán haciendo más llevadera la vida del ser humano al cual acompañan desde sus más lejanos tiempos sobre el planeta. ○



o dia
-mari-
viven
tes y
fotos
-stéli-
-lien-
as se-
ma y
vade-
cual
lanos

ARTESANATO PAULISTA

SUPERINTENDÊNCIA DO TRABALHO ARTESANAL NAS COMUNIDADES - SUTACO
AV. BRIGADEIRO LUIZ ANTONIO, 1224 - CEP 01318 - FONE 289-4355 - SÃO PAULO - SP



© 1987 SUTACO - SUPERINTENDÊNCIA DO TRABALHO ARTESANAL NAS COMUNIDADES - SÃO PAULO - SP

GOVERNADOR DO ESTADO DE SÃO PAULO
LUIZ LUIZ GARRA
SECRETARIA DE ECONOMIA
DESENVOLVIMENTO DE EMPRESAS
E EMPREGO
SUTACO
SUPERINTENDÊNCIA DO TRABALHO ARTESANAL NAS COMUNIDADES
AV. BRIGADEIRO LUIZ ANTONIO, 1224 - CEP 01318 - SÃO PAULO - SP
FONE 289-4355

98

Un hermoso afiche brasileño que nos demuestra el interés que hay por las artesanías en este gran país latinoamericano.

atividad
dotar
vitalidad y ello